

# La guerra de mi abuelo

Leonardo Cervera

**Rocaeditorial**

A los perdedores de la guerra civil española,  
que fueron todos.

## Capítulo 1

*M*e llamo Pedro y hoy cumpla trece años. Estoy escribiendo estas páginas como un regalo para una persona muy especial. Reconozco que puede sonar un poco raro que sea yo el que haga un regalo el día de mi cumpleaños, pero hay una buena razón para ello, un motivo que aclararé al final. Ahora, no se entendería.

9

Todo empezó el jueves de la semana pasada, es decir, hace nueve días, mientras esperaba a mi madre a la puerta del colegio. Ella llegaba con retraso, como casi siempre, y yo estaba de mal humor porque odio que me hagan esperar, y no digamos si es en la puerta del colegio, donde todo el mundo puede ver que me han dejado tirado como a un perro. El problema es que mi madre trabaja como socia en un despacho de abogados y de un tiempo a esta parte solo tiene tiempo para sus clientes y sus juicios. Yo creo que es por eso por lo que mi padre se fue de casa hace mes y medio, porque a él le pasa como a mí, que no le gusta que le hagan esperar, y ha debido de cansarse de esperar a que mi madre le hiciera un poco de caso.

En fin, como iba diciendo, allí estaba yo, aguardando de mal humor a la puerta del colegio, cuando vi salir a Alberto, un compañero de clase gafotas y con sobrepeso, que iba huyendo de Jorge, el típico chulito, que venía pellizcándole en el culo y llamándole «bolita de grasa». Sebastián e Isidoro, los

10 otros dos débiles mentales de mi clase, iban detrás, como siempre hacen, riéndole las gracias. A mí, Alberto me cae muy bien porque, aunque no es muy popular, es un friki de los ordenadores y de los videojuegos, como yo, pero la verdad es que hasta ese momento había tenido muy poco trato con él. Sentí lástima por el chico, que sudaba a mares intentando librarse de los pellizcos de Jorge y, aunque me di cuenta de que me miraba como pidiéndome ayuda, miré para otro lado. Reconozco que mi primera reacción no estuvo bien, pero debo decir en mi disculpa que no podía meterme en líos, pues era nuevo en el colegio. Esto es algo de lo que también tenía la culpa mi madre. Como mi padre se fue de casa al final del verano, ella aprovechó para cambiarme de escuela sin consultarme. Cuando me enteré, me enfadé un montón, claro, pero ella encima me llamó desagradecido. Según mi madre, aquel era el colegio más caro y exclusivo de Málaga y era casi imposible conseguir plaza (me da que le pidió ayuda a uno de sus clientes porque aunque mis notas son buenas, tampoco es que sean para tirar cohetes).

Desde entonces, echaba de menos mi antiguo colegio y a mis amigos, pero al mismo tiempo admitía (aunque nunca delante de mi madre, como es lógico) que el nuevo colegio era mejor que el antiguo y los profesores se lo curraban más. Además, aunque todavía no había hecho nuevos amigos, sí había hecho buenas migas con Beatriz, una compañera de clase que me gustaba bastante. Ella apareció en ese momento en la puerta del colegio con sus amigas y, tras dedicar a Jorge una mirada de profundo desprecio, me miró de soslayo, decepcionada de que pudiera estar allí, presenciando de brazos cruzados aquella escena. Yo no sé si fue por la vergüenza que sentí con aquella mirada de Beatriz o porque quise impresionarla, pero lo cierto es que me acerqué a Jorge y le dije:

—Ya está bien. Deja al chico en paz.

Jorge me miró un instante, como sorprendido por mi atrevimiento. A continuación, me apartó a un lado con un empujón y dijo:

—No te metas.

Siguió pellizcando a Jorge como si nada.

—Deja en paz a Alberto —advertí encarándome con él.

—¿O qué? —preguntó Jorge acercando su rostro lleno de espinillas.

Alberto aprovechó mi intervención para ponerse a salvo al otro lado de la calle, y yo empecé a arrepentirme de haber salido en su defensa cuando Sebastián e Isidoro se colocaron, amenazantes, a mi espalda.

—O se lo diré a don Guillermo —respondí mientras me preguntaba cómo iba a salir airoso de aquel enfrentamiento, cuando el enemigo me superaba en una proporción de tres a uno.

—¡Sujetad a este chivato! —ordenó Jorge a sus secuaces.

Sebastián e Isidoro intentaron agarrarme por los brazos para que Jorge pudiera golpearme a placer, pero yo, que siempre he tenido buenos reflejos, logré zafarme de ellos y me abalancé sobre Jorge, confiado en que quizás así el combate se resolvería en un «uno contra uno» en el que tendría alguna oportunidad.

Mi reacción pilló por sorpresa al chico, que cayó al suelo, por lo que por un momento pensé que mi estrategia daría resultado. Sin embargo, Sebastián e Isidoro se lanzaron de nuevo sobre mí y esta vez sí que consiguieron sujetarme los brazos. Jorge se levantó del suelo gruñendo de rabia y yo me preparé para recibir una buena paliza delante de Beatriz y de sus amigas, pero, por fortuna, don Guillermo, nuestro tutor, salió en ese momento por la puerta del colegio.

Sebastián e Isidoro me soltaron y se apartaron de mí con disimulo. Jorge también lo hizo susurrando para que no le oyera don Guillermo:

—Si te chivas, te juro que te arrepentirás de haber venido a este colegio.

—¿Qué está pasando aquí?—preguntó don Guillermo.

—Nada —respondió Jorge con la mejor de sus sonrisas—. Ya está todo aclarado.

—¿Es verdad eso, Pedro? —preguntó don Guillermo.

La verdad es que si me hubiera estado calladito en aquel momento, con toda seguridad me hubiera ahorrado un montón de problemas para los días sucesivos, pero me pareció muy injusto que Jorge se saliera siempre con la suya y respondí:

—No, no es verdad, don Guillermo. La verdad es que Jorge estaba molestando a Alberto y yo he intervenido para que le dejara en paz.

—Era solo una broma —dijo el chico quitándole hierro al asunto y mirando a Sebastián y a Isidoro, que se aprestaron a confirmar su versión de los hechos.

—Te lo advierto —dijo don Guillermo señalando a Jorge con el dedo—, si vuelves a molestar a Alberto o a cualquier otro niño de este colegio, te aseguro que informaré al consejo escolar y te abriré un expediente disciplinario, y no te servirá de nada que tu padre sea uno de los accionistas de este colegio. ¿Lo has entendido?

12

—Perfectamente, don Guillermo —dijo Jorge bajando la cabeza y fingiendo arrepentimiento—. No volverá a ocurrir. Se lo aseguro.

El chico se alejó calle abajo en compañía de sus secuaces y yo suspiré aliviado. Miré de reojo a Beatriz y me di cuenta de que sonreía.

—Estoy harto de estos chulitos —dijo don Guillermo—. Tienen la cabeza vacía y no hacen más que molestar a los demás.

El coche de mi madre se detuvo junto a la puerta en ese momento, así que me despedí de don Guillermo y entré en el vehículo.

—Perdona por el retraso —dijo mi madre, que parecía muy estresada, más de lo normal—. Una de las reuniones se ha alargado un poco más de la cuenta. Lo siento, pero vamos a tener que dejar lo de comprarte el móvil para el fin de semana.

—¿Por qué? —exclamé furioso. Llevaba semanas espe-

rando a que mi madre me comprara un teléfono móvil; era el único chico de la clase que aún no tenía el suyo.

—Porque estamos citados para cenar con tu abuelo.

—¿Cenar? ¡Pero si solo son las seis y media! Tenemos tiempo de sobra para comprar el teléfono, mamá.

—No, Pedro, no insistas por favor. Es su primer día en la residencia y tenemos que hacerle compañía...

El teléfono móvil de mi madre empezó a sonar en ese momento; tras pulsar el botón del manos libres, empezó a dar instrucciones a uno de los abogados jóvenes del despacho, algo relativo a un incendio provocado y una compañía de seguros.

—Necesito el móvil antes del fin de semana —dije cuando terminó su conversación.

—¿Por qué tanta prisa?

—Pues porque a lo mejor voy a ir al cine con mis compañeros de clase el sábado por la tarde.

—Bueno, pues en ese caso intentaremos comprarlo el sábado por la mañana; si no me diera tiempo, se lo pides a tu padre, como otras veces.

—¡Ya sé que luego no te va a dar tiempo y estoy hasta las narices de ser siempre el único que lleva el teléfono de sus padres!

—Y yo estoy hasta las narices de que me grites, así que, por favor, baja la voz, que me duele mucho la cabeza.

—Entonces, ¿vamos a la tienda?

—No.

—Pero ¿qué te cuesta?

—Ya te lo he explicado... —dijo mi madre a punto de explotar.

—Pero ¿por qué?

—¡Bueno, se acabó! —exclamó mi madre perdiendo definitivamente los nervios cuando ya estábamos en el aparcamiento de la residencia de ancianos—. ¡Olvídate del móvil por una buena temporada! —sentenció. Salió del coche, dio un portazo y se alejó hacia la entrada de la residencia.

Me di cuenta de que había llevado las cosas demasiado lejos y de que me había equivocado de táctica (con una abogada dura de pelar como mi madre nunca solía funcionar lo de meterle presión), así que salí del coche también y la seguí a regañadientes.

La residencia me causó muy buena impresión. Aquel lugar no tenía nada que ver con el concepto que tenía de los asilos. Parecía más bien un hotel de cinco estrellas, con su recepción, un amplio y luminoso vestíbulo y un lujoso restaurante-cafetería. La verdad es que no me sorprendió demasiado aquel lujo, pues mi madre, a pesar de sus defectos, nunca reparaba en gastos, y a la vista estaba que había ingresado a su padre en la residencia de ancianos más cara de la Costa del Sol. Aquel pensamiento, no obstante, no sirvió precisamente para animarme, porque lo siguiente que vino a mi mente fue que si me hubiera estado calladito en el coche, lo más probable es que el sábado por la mañana habría podido tener en mis manos el teléfono móvil más caro y espectacular del mercado, y ahora tendría que arreglarme con el de mi padre (que era una auténtica porquería) durante una buena temporada. Mi madre no es de las que levantan un castigo así como así.

14

Fuimos a la recepción y preguntamos por mi abuelo, don Manuel Ávila. La recepcionista, tras echar un vistazo en el restaurante y llamar a su habitación, se encogió ligeramente de hombros y dijo:

—Pues no sé dónde puede estar, la verdad. Este complejo es bastante grande...

Mi madre miró un instante un plano de situación que había en la recepción y reprimiendo una sonrisa dijo:

—No se preocupe, señorita. Ya sé dónde debe estar.

Miré el plano del complejo, que, en efecto, era enorme, y me pregunté cómo demonios podía estar mi madre tan segura de dónde estaría mi abuelo, pero me abstuve de hacer ningún comentario, pues todavía seguía enfadado con ella. Además, por la forma en la que lo había dicho, me di cuenta de que lo tenía bastante claro.



Mi madre y yo seguimos las indicaciones para llegar a la biblioteca, que era una estancia muy tranquila y luminosa con mesas de caoba, sillones confortables y muchos libros. También había tres ordenadores de sobremesa en un lateral. Mi abuelo estaba sentado en uno de los sillones y tenía junto a él una pila de libros que estaba hojeando en aquellos momentos. Estaba tan concentrado que no se dio cuenta de nuestra presencia, así que mi madre aprovechó para contemplarle en silencio durante unos segundos, con una sonrisa en los labios y una mirada llena de ternura.

Pensé que prácticamente no conocía a la persona que estaba sentada frente a mí. Él vivía en Salamanca, a casi setecientos kilómetros de distancia, y solo hablaba por teléfono con él cuando mi madre me obligaba a telefonarle para darle las gracias por mi regalo de cumpleaños, que siempre era un libro. Mi madre siempre le invitaba a que pasara unos días con nosotros en Málaga, pero mi abuelo invariablemente declinaba las invitaciones con la excusa de que estaba demasiado mayor para viajar. Siempre pensé que no quería venir a Málaga porque creía que éramos nosotros los que deberíamos ir a verle a él a Salamanca y, como mi madre estaba siempre demasiado ocupada para viajar, pues pasaban los años y apenas nos veíamos.

15

El teléfono móvil de mi madre empezó a sonar revelando nuestra presencia, así que se acercó a mi abuelo, le besó fugazmente en la mejilla y atendió la llamada de teléfono desde el pasillo. Yo me acerqué también a besarle. Olía a una loción de afeitado distinta a la que usaba mi padre, como más antigua, y lo encontré un poco más viejo y con menos cabello que la última vez que le había visto, dos Navidades atrás.

—Qué grande estás, Pedrito —dijo mi abuelo mirándome de pies a cabeza—. Ya estás tan alto como yo, y todavía no has dado el estirón.

Sonreí y bajé la cabeza, un poco avergonzado. Aquel hombre era poco menos que un extraño para mí y no sabía cómo reaccionar. Miré hacia el pasillo, deseando que regre-

sara pronto mi madre para rescatarme, pero ella parecía tener para rato con su conversación telefónica.

—¿Qué estás leyendo? —pregunté por decir algo.

—Nada, en realidad. Estaba investigando un poco los fondos de esta biblioteca. Si Dios me da salud —añadió señalando las estanterías—, espero poder aprender muchas cosas que no sé.

Aquella respuesta de mi abuelo me dejó bastante descolocado e hizo que naciera en mí cierto interés por conocerle mejor. Acababa de ingresar en un asilo, diciendo adiós para siempre a su casa, a sus amigos y a su querida Salamanca, y su primer impulso había sido ir a la biblioteca para decidir qué es lo que iba a estudiar...

—Ya sabes lo que decía **Gandhi**<sup>1</sup> —añadió mi abuelo como si hubiese leído mis pensamientos—: «Vive como si fueras a morir mañana. Aprende como si fueras a vivir para siempre».

16 Mi madre regresó por fin con el teléfono en la mano y dijo:

—Lo siento muchísimo, pero tengo que ir a la oficina para un asunto muy urgente. ¿A ti te importaría cenar solo con Pedro, papá? —añadió con expresión suplicante.

—No, a mí no, pero de lo que ya no estoy tan seguro es de que a Pedrito le apetezca cenar con este viejo...

—No me importa —dije sintiendo vergüenza por mi madre: su anciano padre acababa de ingresar en una residencia y ella ni siquiera podía pasar una hora con él.

—Gracias, cielo —dijo mi madre, que me besó en la frente y salió a toda prisa de la biblioteca dejándonos a solas.

Ayudé a mi abuelo a recoger los libros y después fuimos al restaurante. Al sentarnos a la mesa, le comenté a mi abuelo que aquel sitio me parecía muy bien y él se mostró de acuerdo.

1. Ver fichas informativas a partir de la página 133.

—Sí, no está nada mal. De hecho, creo que, de haberlo sabido, hubiera accedido a venir antes. Creo que voy a tomar pescado —añadió consultando la carta—. ¿Qué tomas tú?

—Una hamburguesa con patatas fritas.

Un camarero muy simpático se acercó a tomarnos nota y nos dejó otra vez a solas.

—He oído que has cambiado de colegio —dijo mi abuelo—. ¿Qué tal te va?

—Bien, bien...

—Tienes mucha suerte de poder estudiar en un colegio como ese. ¿Has hecho ya nuevos amigos?

—No, la verdad... Bueno, sí que tengo una amiga...

—Una amiga.

—Sí.

—¿Una amiga o «una amiga»? —preguntó mi abuelo arqueando las cejas.

—Una amiga —respondí entre risas; definitivamente, aquel casi desconocido me estaba cayendo mucho mejor de lo que yo esperaba—. ¿Qué te parece Málaga? —añadí cambiando hábilmente de conversación.

—Pues que está muy cambiada de la última vez que estuve aquí.

—Que fue...

—Déjame pensar..., hace más de setenta años.

Miré a mi abuelo sin poder dar crédito a lo que decía.

—¿Hace setenta años que no vienes a Málaga?

Mi abuelo esbozó una sonrisa ante mi reacción.

—Es que yo pasé aquí mi infancia, pero la verdad es que no me gusta mucho hablar sobre ese tema...

—¿Por qué, abuelo?

—Pues porque a pesar del tiempo transcurrido, ya ves, toda una vida, todavía me resulta un recuerdo un poco doloroso...

Asentí en silencio sin saber muy bien qué decir. Sentía mucha curiosidad por conocer qué era aquello que mi abuelo no quería contarme y que había ocurrido en Málaga hacía

tantos años, pero algo me decía que si intentaba forzarle sería peor.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó mi abuelo.

—Casi trece.

Mi abuelo volvió a sonreír.

—La misma edad que tenía yo por aquel entonces... Vamos a hacer una cosa —añadió—: si te cuento lo que pasó, prométeme que me avisarás si te aburres. Lo último que quisiera es aburrir a mi nieto con mis historietas de viejo...

—Prometido —dije incorporándome un poco en la silla y disponiéndome a escuchar con atención.

18

Mi padre, tu bisabuelo, que se llamaba José Ávila, aunque todo el mundo le llamaba don Pepe, trabajaba como maestro en Marbella y allí fue donde nací yo. Por aquel entonces, Marbella no era un lugar lujoso y turístico como hoy en día, sino un pequeño pueblo de menos de diez mil habitantes, bastante pobre. La mayoría de las casas no tenían ni electricidad ni agua corriente, y los hombres eran casi todos analfabetos y trabajaban como jornaleros o como pescadores, de sol a sol, para poner un plato de comida en la mesa y poco más. Vosotros, los jóvenes de hoy en día, que lo tenéis todo, no podéis ni imaginaros lo triste que era ver a toda aquella gente trabajando desde los doce años y hasta llegar a viejos, y sin lograr escapar nunca de la miseria. Por suerte, en mi familia no vivíamos tan mal. Nunca nos faltó ni comida ni ropa, aunque mi madre tuvo que darle la vuelta a más de un traje y a más de un vestido...

El camarero se acercó para servirnos la comida y yo aproveché para preguntar:

—Perdona, abuelo, ¿qué es eso de darle la vuelta a un vestido?

Cuando un traje o un vestido se desgastaba mucho por el uso, las mujeres le daban la vuelta, es decir, la parte de dentro, que

estaba menos gastada, pasaba a ser la de fuera, y la de fuera pasaba a ser la de dentro. Así parecía que se estaba vistiendo una prenda nueva, cuando en realidad era siempre la misma. Los más pobres a veces le daban dos vueltas a un traje o a un vestido antes de desecharlo. Eran tiempos muy duros, Pedro, y la mayoría de la gente vivía en la pobreza. Por eso, cuando se proclamó la Segunda República, en abril del año 1931, y el rey Alfonso XIII, el abuelo de don Juan Carlos I, se exilió en Italia para evitar un derramamiento de sangre, mucha gente pensó que las cosas mejorarían. Y la verdad es que las cosas mejoraron bastante en poco tiempo; por ejemplo, se crearon muchos colegios, se aprobó la jornada de ocho horas y se permitió el voto a las mujeres, pero, a pesar de todo, seguía habiendo mucha gente descontenta. Los pobres, porque pensaban que las reformas se quedaban cortas; los ricos, porque creían que habían ido demasiado lejos. El resultado fue que los partidos más radicales, de extrema derecha y de extrema izquierda, que al principio no tenían apenas votos, empezaron a ser más y más populares, y los partidos moderados, para no perder más votos, empezaron a radicalizar sus mensajes. En febrero de 1936, una coalición de partidos de izquierdas ganó las elecciones y los extremistas empezaron a salir a la calle, sobre todo los pistoleros de derechas, y raro era el día en que no caía abatido por las balas algún **falangista** o algún **anarquista**.

19

El día 18 de julio de 1936, un grupo de generales se sublevó contra el Gobierno de izquierdas elegido democráticamente. Un tercio del país se puso del lado de los militares rebeldes, que eligieron al general Francisco Franco Bahamonde como su líder supremo. El resto del país permaneció leal al Gobierno legítimo de la República, aunque los partidos más radicales de izquierda pronto desbancaron a los más moderados y en muchos lugares estalló la revolución.

Escuché las explicaciones de mi abuelo con gran atención. Hasta aquel momento había oído hablar muchas veces de la guerra civil española, pero nunca nadie me había explicado

lo que había sucedido con tanta claridad, aunque, claro, en el caso de mi abuelo él jugaba con ventaja, porque estaba vivo por aquel entonces.

—¿Y a qué bando se unió Málaga, abuelo? —pregunté—. ¿Al de los generales rebeldes o al de la República?

En realidad —siguió explicando mi abuelo—, en cada ciudad e incluso en cada pueblo hubo una miniguerra civil entre los partidarios de ambos bandos, muchas veces a tiro limpio. El que resultó vencedor decidió a qué bando se uniría toda la ciudad sin preguntar si los demás estaban de acuerdo. Como siempre pasa en las guerras civiles, la mayoría de los hombres no pudieron elegir el bando en el que luchar: los obligaron a alistarse en el ejército del bando que se había impuesto en su zona. En el caso de Málaga, aunque el ejército se sublevó como en otras muchas ciudades españolas, los militantes de los partidos de izquierda y los sindicatos salieron a la calle y se enfrentaron valientemente con los soldados.

20

El resultado de los combates en Málaga era muy incierto y en Marbella todos permanecimos atentos a la radio con el alma en vilo durante la larga noche del 18 al 19 de julio. El ejército se retiró por fin a sus cuarteles, de madrugada, y cuando ya no hubo dudas de que la provincia de Málaga permanecería leal a la República, la gente de Marbella salió a la calle a manifestarse y a celebrar el triunfo sobre los militares rebeldes. Nuestra casa estaba muy cerca de la iglesia y yo me asomé al balcón para ver pasar la manifestación, que encabezaba mi padre, junto al alcalde comunista. Entonces sucedió algo terrible...

—¿El qué? —pregunté boquiabierto.

Cuando la manifestación se acercó a la iglesia, se oyó un disparo y una persona que estaba cerca de mi padre cayó al suelo herida de bala. Yo miré hacia el lugar de donde había salido el disparo y reconocí al hermano del cura empuñando una escopeta desde un balcón cercano. El humo de la detonación seguía

todavía sobre su cabeza. El hombre debió de pensar que la muchedumbre iba a detener a su hermano y abrió fuego para protegerle.

La gente del pueblo salió despavorida, corriendo y empujándose en todas las direcciones, pero unos cuantos hombres entraron en la casa y sacaron al hermano del cura a patadas y empujones. Allí mismo, en mitad de la calle y a plena luz del día, lo mataron a golpes entre todos. La multitud pareció enloquecer con la sangre de aquel desgraciado; a continuación entraron en la iglesia gritando y blasfemando, y amontonaron las imágenes religiosas y los bancos de la iglesia en el centro de la plaza para prenderles fuego. El saqueo y la destrucción se extendió durante horas a otros edificios religiosos, y también a las casas de algunas personas adineradas.

A media tarde, llegó al pueblo un camión de anarquistas procedente de Fuengirola y empezaron las detenciones de personas de derechas. A la mayoría de ellos los encerraron en la cárcel del pueblo, a la espera de juicio, pero a unos cuantos los mataron sin más contemplaciones. Ya te digo, Pedro, la gente se volvió loca. Nunca he visto una cosa igual...

21

—¿Y tú también viste cómo mataban a esos hombres?  
—pregunté sin poder dar crédito a lo que me estaba contando mi abuelo. Jamás me había imaginado que pudiera matarse a la gente así como así en un sitio como Marbella.

No, no lo vi —respondió mi abuelo—, pero oí los disparos y después vi los cadáveres junto a la tapia del cementerio, que es donde los fusilaron. Los desmanes y asesinatos ocurrieron también en la zona controlada por los generales rebeldes, en su caso con eficacia militar. Los de Franco solían poner a todos los republicanos en el mismo bote, a todos los llamaban «rojos», pero la verdad es que no todos los «rojos» eran iguales y algunos de ellos eran más de centro que de izquierdas, como el caso de mi padre, que era un republicano moderado que estaba en contra de la violencia. Los socialistas, los comunistas y los anarquistas

estaban muy divididos e incluso a veces hasta enfrentados entre sí, y fue eso lo que, a la postre, les hizo perder la guerra...

—No lo entiendo, abuelo —dije tratando de asimilar toda aquella información—. Antes me dijiste que los republicanos controlaban dos tercios del país, o sea, que tenían que ser muchos más que los de Franco, así que no comprendo cómo perdieron la guerra...

Sí, es cierto —reconoció mi abuelo—, los republicanos controlaban más territorio y tenían más población, más industrias y las reservas de oro del Banco de España, pero los de Franco contaban con algo más importante que eso: con la ayuda militar de la Alemania nazi de Adolf Hitler y de la Italia fascista de Benito Mussolini.

—¿Y ningún otro país ayudó a los republicanos?

22

Sí, los rusos, pero la Unión Soviética estaba muy lejos de España, y los alemanes y los italianos mandaron más aviones, más tanques y más cañones. La verdad es que yo en aquellos días estaba más interesado en mis juegos infantiles que en cuestiones militares, pero sabía que la guerra no iba demasiado bien para los republicanos, porque mi padre era muy amigo de un comisario ruso que estaba destinado en el frente de Estepona, a treinta kilómetros de Marbella. A mi madre, sin embargo, no le caía demasiado bien aquel ruso, que se llamaba Kremen. Decía demasiadas palabrotas y, según ella, tenía una afición excesiva por la botella; sin embargo, en realidad, yo creo que estaba celosa porque pasaba mucho tiempo con mi padre.

Mi madre y yo éramos como almas gemelas. Sentíamos adoración el uno por el otro y estábamos muy unidos. Ella estuvo a punto de morir cuando me tuvo a mí y desde entonces ya no pudo tener más hijos. Por eso teníamos una relación tan estrecha ella y yo, porque mi madre había volcado en mí todo el amor que tenía reservado para esos otros hijos que nunca



pudo tener, me daba cuenta y la quería con locura. Lo que más me gustaba de ella era su risa, que era como una explosión de felicidad saliendo de su cuerpo menudo. Tenía la cara redonda y bonita, los ojos de color almendra y una voz preciosa. Recuerdo que cuando era pequeño y no iba al colegio todavía, salía al campo a recoger florecillas para ella, que se las colocaba orgullosa en el pelo o en la camisa de camino al mercado, para que todo el mundo en el pueblo viera las flores que le había regalado su hijo...

A pesar de los celos de mi madre, Kremen y yo nos hicimos muy buenos amigos, porque los dos compartíamos la misma afición: el amor por los animales. Mi casa de Marbella estaba tan llena de animales que los vecinos del pueblo decían que no era una casa, sino más bien un zoológico. Además de las gallinas que tenía mi madre en el corral que había en la parte de atrás, que en otros tiempos había sido una cuadra, de las tres perdices que utilizaba mi padre para cazar y de las dos docenas de jilgueros y canarios que teníamos en jaulitas en el patio y que nos alegraban la existencia con sus cantos, yo tenía una cobaya, una tortuga y una urraca (un ave parecida a un cuervo) que decía algunas palabras. La cobaya, que era macho, se llamaba *Raimundo*; la tortuga, que era macho también, *Facundo*, y la urraca, *Segismundo*, aunque un día nos dimos cuenta de que estaba incubando un huevo, y a partir de ese día la llamamos *Segismunda*. En el patio teníamos también algunos camaleones; me fascinaba observar cómo cambiaban de color y cómo cazaban sus presas con esa lengua tan larga que tienen. Mi padre solía decir que aquellos parientes lejanos de los dinosaurios eran el mejor insecticida.

Bueno, creo que me he ido por las ramas; como te iba diciendo, el ruso, que trabajaba como biólogo en Rusia antes de la guerra, se hizo muy amigo mío y de mi padre, y a veces venía a recogerme con su coche y nos íbamos de excursión a ver animales salvajes a la sierra de las Nieves. Una mañana pasó a recogerme muy temprano, poco antes de que amaneciera, porque quería mostrarme un **azor** que salía a cazar desde una

vieja atalaya que había quedado situada en la misma línea del frente, en Estepona.

Kremen y yo nos escondimos en una trinchera que había muy cerca de la atalaya y esperamos en silencio a ver salir el azor. Unos segundos más tarde, sin embargo, oímos como una especie de silbido sobre nuestras cabezas, seguido de una fuerte explosión que hizo que la tierra temblara como en un terremoto.

—¡Gobnó! [mierda] —exclamó Kremen.

Yo asomé la cabeza con cuidado, por encima de la trinchera, y vi al azor, que se alejaba volando espantado por la explosión y, al fondo, en el mar, ocho navíos de guerra navegando en formación.

—¿Son de los nuestros? —pregunté al ruso, que miraba atónito hacia la costa.

—Me temo que no. Métete ahí —ordenó Kremen señalando hacia la sección de la trinchera que parecía más profunda—. Cúbrete la cabeza con los brazos y no te muevas hasta que yo te lo diga.

Hice lo que me ordenó Kremen y permanecí inmóvil, muerto de miedo, mientras se reproducían los silbidos y las explosiones, algunas a muy pocos metros de distancia. Traté de tranquilizarme diciéndome que el frente era muy grande, que la mayoría de los obuses caían lejos y que yo estaba muy bien protegido dentro de la trinchera, pero al mismo tiempo no podía dejar de pensar en la muerte tan horrible que tendría si alguno de aquellos obuses caía sobre mí o, peor todavía, a un metro de distancia, y me enterraba vivo.

El bombardeo se prolongó durante una hora, la más larga de toda mi vida. Cuando por fin cesó, miré a mi alrededor y me di cuenta de que era la única persona que quedaba en aquella sección del frente.

Kremen vino a buscarme poco después y, refiriéndose a los soldados republicanos, exclamó:

—¡Malditos cobardes! ¡Ni siquiera han esperado al asalto de la infantería enemiga para retirarse!

En efecto, los milicianos se retiraron en desbandada corriendo a campo abierto en dirección a Estepona. Poco después nos sobrevoló una escuadrilla de aviones enemigos que arrojó algunas bombas sobre nuestra posición y ametralló a los milicianos que se retiraban por el campo al descubierto.

Cuando cesó el ruido de los motores de aviación, oímos voces a lo lejos y comprendimos que se trataba de una avanzadilla de las tropas nacionales que venía hacia nosotros.

—Tenemos que salir de aquí enseguida —susurró Kremen, agachando la cabeza y llevándome de la mano por el interior de la trinchera.

Salimos de la trinchera, cerca de donde estaba el coche del ruso. Los de la avanzadilla nacional abrieron fuego contra nosotros. Nos alejamos en el coche a toda velocidad, bajando la cabeza lo más posible y con el repiqueteo de las balas estrellándose contra la carrocería.

Mi madre entró en el restaurante justo en ese momento y se sentó con nosotros, por lo que mi abuelo cambió de tema de conversación y yo me quedé sin saber el final de aquella historia.

## Capítulo 2

**E**l viernes por la mañana fui al colegio reflexionando sobre las cosas que me había contado mi abuelo la tarde anterior. Resultaba difícil creer que cuando él tenía mi misma edad, una guerra había asolado España, con aviones alemanes y tanques rusos enfrentados en el campo de batalla. Yo había oído decir que la guerra civil española había sido utilizada por los futuros contendientes de la Segunda Guerra Mundial para ensayar sus nuevas armas y sus nuevas tácticas, pero jamás podría haberme imaginado que ese tipo de cosas ocurrieran en un lugar como Marbella, ni mucho menos que mi familia hubiera tenido algo que ver en todo aquello. Supongo que fue por ir tan concentrado en aquellos pensamientos por lo que no sospeché nada cuando Isidoro, uno de los impresentables que acompañaban siempre a Jorge, se acercó a mí pidiéndome ayuda.

27

Parecía muy angustiado y me entretuvo un par de minutos con una historia incomprensible de unas abejas que salían de un boquete de la pared, aunque yo no logré ver ningún insecto. Al regresar junto a mi mochila vi que estaba abierta. Pensé que Jorge habría aprovechado la distracción de Isidoro para robarme alguna cosa, así que metí las manos para comprobar que todo estaba en su sitio y entonces palpé algo pringoso. Extrañado, abrí un poco más la mochila para mirar en su interior y llegó hasta mí un olor muy desagradable: aquellos

desgraciados habían llenado mi mochila de excrementos de perro. Miré a mi alrededor, dispuesto a arrojarlos sobre ellos, pero ni Jorge ni Isidoro ni Sebastián estaban a la vista; así pues, reprimiendo una bocanada de vómito, cogí la mochila y me metí en los servicios del colegio para intentar limpiar un poco aquel desaguisado. En primer lugar, saqué los excrementos lo mejor que pude, ayudándome con unas servilletas, y después me dispuse a lavarme las manos, que estaban manchadas y tenían un aspecto horrible. En ese momento, oí un ruido a mis espaldas y al girarme descubrí a Sebastián escondido en uno de los retretes y con un teléfono con cámara en sus manos.

—¡Eh! —exclamé—. ¿Qué estás haciendo ahí?

Sebastián salió corriendo de los lavabos antes de que pudiera detenerle.

Furioso, terminé de lavarme las manos todo lo mejor que pude y fui a mi clase, pues ya había sonado el timbre. Jorge, Sebastián e Isidoro estaban tronchándose de risa a mi costa al fondo del aula, hasta que llegó don Guillermo para dar su clase de lengua y miraron a nuestro tutor con expresión angelical.

28

Cuando llegó la hora del recreo, me llevé la mochila conmigo y me senté en una de las esquinas del patio, con la espalda apoyada contra la pared. Beatriz, al verme allí solo, se separó de sus amigas, que se quedaron un poco atrás, mirándome y cuchicheando, y acercándose hasta mí con una sonrisa me preguntó:

—¿Qué haces aquí tan solo?

—Nada —respondí guardándome las manos en los bolsillos del pantalón, preocupado de que pudieran conservar todavía algo de aquel olor tan desagradable.

—¿Vas a venir al cine mañana por la tarde?

—Sí, eso espero. ¿Qué películas vamos a ver?

—La última de Pixar, que dicen que está muy bien.

—¿Y a qué hora es?

—A las cinco y media. Bueno —añadió Beatriz despidiéndose de mí y regresando con sus amigas—, te veo allí. Hasta luego.

El timbre sonó otra vez y regresé a clase con mi mochila apestando a excrementos de perro. Si en las dos primeras horas había tenido dificultades para concentrarme por culpa de lo que había pasado con Jorge y sus compinches, en las dos últimas horas también anduve algo distraído pensando en la conversación que había mantenido en el patio con Beatriz y en las buenas perspectivas que se presentaban para el día siguiente en el cine. Ella era la primera chica que me gustaba de verdad y estaba seguro de que, con un poco de suerte, sería la primera chica con la que empezaría a salir.

Don Guillermo vino a verme al final de las clases y me dijo que mi madre había llamado por teléfono para avisar de que no podía pasar a recogerme como habíamos quedado, así que fui al apartamento de mi padre dando un paseo. Desde que mi padre se había ido, yo pasaba la semana con mi madre, en nuestra casa, y los fines de semana con mi padre, en su pequeño apartamento. La residencia de mi abuelo estaba en el camino y, como no tenía muchos deberes y además tenía todo el fin de semana por delante, decidí hacerle una visita sorpresa, confiando en que a lo mejor tendría tiempo para seguir contándome su historia.

29

Pregunté por él en la recepción y como no cogía el teléfono en su habitación fui directamente a la biblioteca. Allí estaba, sentado en uno de aquellos sillones confortables, leyendo un libro titulado *Iniciación a la informática*.

Mi abuelo se alegró mucho de verme y yo me sentí muy a gusto en su compañía. Hasta hacía unas horas, éramos casi dos extraños, pero después de nuestra cena juntos se había creado alguna clase de vínculo entre nosotros.

—Espero que no te aburrieras mucho ayer con mis historietas... —dijo mi abuelo.

—¡Qué va, todo lo contrario! Me parecieron muy interesantes y, la verdad, llevo todo el día preguntándome qué es lo que pasó después de que el ruso y tú os escapaseis en su coche... —añadí sin poder reprimir mi curiosidad.

—En ese caso —dijo mi abuelo devolviendo su libro a la estantería—, vamos a tomar un café y te sigo contando.

Salimos de la biblioteca y nos sentamos en la misma mesa del restaurante que la tarde anterior. Nos atendió el mismo camarero, que nos sirvió dos cafés con mucha leche.

Al entrar con el coche en Estepona —siguió contando mi abuelo—, la encontramos en estado de caos. Los obuses de los barcos y las bombas de los aviones habían alcanzado algunos edificios, que ardían y se derrumbaban a nuestro paso. La gente corría despavorida de un lado para otro y salía del pueblo mezclada con los soldados que se batían en retirada. Kremen detuvo su coche a las puertas de la central telefónica, para comunicar con la comandancia de Málaga, pero el edificio había sido alcanzado de lleno por un obús y había una docena de personas heridas en la puerta.

30 Mi compañía se había convertido en un auténtico engorro para el comisario ruso a cargo de aquel sector, así que me subió en un camión de civiles que salía del pueblo y le ordenó al conductor que me dejara en mi casa, en Marbella. Mientras el camión salía del pueblo a toda velocidad, vi que Kremen impartía órdenes a los soldados y organizaba la defensa. Luego supe que, a pesar de sus esfuerzos, las tropas republicanas tuvieron que retirarse poco después ante el peligro de quedar cercados, y que el pueblo cayó en manos de los fascistas ese mismo día, a las tres de la tarde.

Logré llegar sano y salvo a Marbella y me abracé a mis padres, que estaban muy preocupados por mí desde que empezó el bombardeo por la mañana. A Kremen no le volvimos a ver hasta el día siguiente, cuando el frente quedó fijado a menos de un kilómetro de nuestro pueblo. Era el día 15 de enero de 1937 y el general Martínez Monje, jefe del Ejército Sur Republicano, se había desplazado a Marbella desde Córdoba, donde tenía su cuartel general, preocupado por el rápido avance de las tropas enemigas.

Mi padre invitó al ruso a comer con nosotros porque mi

madre era la mejor cocinera del mundo, o al menos eso decía siempre él, para su deleite. «Nadie cocina como tú, Carmen, ¡nadie!», repetía mi padre una y otra vez, provocando su risa, que era como música para nuestros oídos. Pero Kremen estaba muy serio y circunspecto aquel día.

—Tenéis que estar preparados para salir en cualquier momento —dijo acariciando a *Raimundo*, la cobaya, en el salón de mi casa.

—¿Tan mal está la cosa? —preguntó mi padre, visiblemente abatido.

—Me temo que sí, Pepe. Tú eres un buen republicano y no podemos permitir que te pillen los de ahí enfrente.

A la mañana siguiente, nos dimos cuenta de que el ruso sabía lo que se decía, porque a pesar de las disposiciones tácticas del general Martínez Monje y de los llamamientos a luchar hasta la muerte de las autoridades republicanas, el frente no resistió y las tropas republicanas se retiraron de Marbella. Mis padres y yo salimos del pueblo a pie, junto con centenares de refugiados como nosotros que temían las represalias de los franquistas. Los niños pequeños lloraban, atemorizados por el pánico de los mayores, y los adultos volvían la vista atrás con lágrimas en los ojos.

Yo dejé mi cobaya y mi tortuga en casa de mi amigo Leandro, que era el hijo del farmacéutico y no tenía miedo de la entrada de los fascistas (todo lo contrario, pues su padre era de derechas). Al único animal que me llevé conmigo, posada sobre mi hombro, fue a *Segismunda*, mi urraca, pero con el ruido de los cañonazos se espantó y ya no la volví a ver.

Caminamos por la carretera de la costa durante todo el día e hicimos noche en Fuengirola, en casa del maestro de allí, que oyó de labios de mi padre la magnitud de la derrota republicana. A la mañana siguiente, después de hacer cola durante horas, logramos subirnos a un autobús que salía para Málaga...

—Perdona, abuelo —dije interrumpiendo su narración—, creo que debería avisar a mi padre de que estoy aquí contigo.



—Tienes razón —contestó. Firmó con pulso tembloroso la cuenta de los cafés—. Vamos a mi habitación y le llamaremos desde allí.

Lo seguí por los pasillos de la residencia. Aunque se ayudaba de un bastón para caminar, lo hacía a buen ritmo, sin mucha dificultad, en apariencia.

—¿Cómo llevas la separación de tus padres? —preguntó mientras abría la puerta de su habitación.

—Bien —respondí pasando al interior.

El cuarto de mi abuelo era muy parecido a la habitación de un hotel de cinco estrellas. Sobre la mesita de noche tenía una fotografía en blanco y negro en la que salía él, mucho más joven, en compañía de su mujer, fallecida muchos años atrás, y de mi madre, cuando era niña.

Mi abuelo descolgó el teléfono y, consultando una pequeña libreta de direcciones, marcó el número de mi padre.

—¿Sabes su nuevo número? —pregunté extrañado.

32

—Sí, claro, me llamó esta mañana desde el banco para charlar un rato.

Me puse al teléfono y le expliqué a mi padre que me había pasado por la residencia para visitar al abuelo. Me dijo que vendría a recogerme más tarde y así aprovecharía para darle un abrazo. Mi abuelo propuso entonces que saliéramos a caminar por los jardines de la residencia. Mientras paseábamos juntos por entre las flores, continuó relatando su historia.

Como te iba diciendo, viajamos en autobús desde Fuengirola hasta Málaga. Como no teníamos adónde ir, fuimos al piso de una prima de mi madre, que se llamaba Eulalia y estaba casada con un empresario malagueño, don Fernando Perea, que era el propietario de una cadena de cines. Eulalia y mi madre se habían criado juntas en Marbella y eran como hermanas, así que nos abrieron las puertas de su casa y nos dijeron que podíamos quedarnos a vivir con ellos todo el tiempo que fuera necesario hasta que encontrásemos una vivienda propia, algo que sabíamos que llevaría algún tiempo, pues la ciudad estaba

saturada de refugiados desde que en agosto y septiembre de 1936 los nacionales conquistaron Ronda y Antequera, y el Ayuntamiento tuvo que convertir la catedral en un refugio temporal para las miles de personas sin hogar.

Eulalia y Fernando tenían un único hijo único de mi misma edad, que se llamaba Santiago y al que yo conocía por haber jugado con él en una boda unos años atrás. Santi era muy moreno (yo era muy rubio) y estaba menos desarrollado que yo. Él tenía la piel muy blanca, supongo que de no darle nunca el sol por vivir en la ciudad, y llevaba un zapato con un tacón más alto que el otro porque cuando era pequeño enfermó de **poliomielitis** y, aunque se curó, se le quedó una pierna un poco más corta y delgada que la otra.

—¿Te duele? —pregunté señalando la pierna afectada por la enfermedad.

—No, no me duele nada —respondió Santi subiéndose el pantalón; la pierna parecía normal, aunque un poco más delgada—. A veces, cuando me canso, se me queda como dormida, pero nada más.

Don Fernando trasladó su despacho a una pequeña salita que había antes del cuarto de Santi, que fue donde me instalé yo, y mis padres se acomodaron en lo que hasta entonces había sido el despacho de don Fernando. Además de estas tres habitaciones, el piso tenía una cocina, que era donde dormía la criada por las noches, un cuarto de baño con una bañera y un retrete, un espacioso salón, y en el pasillo, una despensa, en la que Santi me dijo que vivía un ratón que nunca lograban cazar, y otro retrete, poco más o menos frente por frente a la cocina.

A pesar de que Santi tendría que compartir su cama conmigo, parecía encantado con mi llegada. Yo estaba muy cansado después de la caminata del día anterior hasta Fuengirola y del viaje en autobús hasta Málaga. El trayecto había sido muy largo y muy incómodo, apretado entre decenas de refugiados como yo, y me hubiera gustado echarme a dormir un rato, pero Santi estaba ansioso por hablar conmigo y mos-

trarme sus cosas, así que fui al cuarto de baño y me eché un poco de agua en la cara para espabilarme.

—Yo, cuando sea mayor —dijo Santi mostrándome el contenido de un baúl que tenía en su habitación lleno de carteles de películas y tiras de celuloide—, voy a ser director de cine. Rodaré películas sonoras en color y seré tan famoso —añadió entusiasmado, como si ya pudiera leer su nombre en las marquesinas de los cines de todo el mundo— que mandaré construir una villa a orillas del océano Pacífico para estar cerca de los estudios de Hollywood y poder rodar tres o cuatro películas al año.

Sonreí con aquel sueño maravilloso en medio de aquella guerra tan horrible, y me imaginé a Santi sentado en su silla de director, con unas gafas de sol y un megáfono en la mano.

—¿Y tú qué quieres ser de mayor? —preguntó Santi.

—A mí me gustaría ser director de un zoológico. En el pueblo teníamos tantos animales que la gente decía que nuestra casa era como un zoológico.

—¿Y los animales se han quedado en Marbella?

—Sí, en casa de mi amigo Leandro, aunque la urraca no sé dónde puede estar, porque se fue volando por culpa de los cañonazos.

—Aquí en la ciudad no tenemos muchos animales —dijo Santi—. El único animal que hay en el bloque es *Dorota*, la gata de don Rogelio, nuestro vecino...

El sonido de las campanas de la catedral tocando a rebato interrumpió sus palabras.

—Es un bombardeo —añadió Santi cerrando su baúl con llave.

—¿Hay algún refugio cerca? —pregunté asustado.

—Hay refugios, pero son muy malos. Mi padre dice que nos trae más cuenta protegernos en el hueco de la escalera.

Salimos del piso y nos reunimos con el resto de los vecinos del bloque en el hueco de la escalera, junto a la portería. Don Fernando aprovechó para presentar a mis padres y yo me senté con Santi en la zona más profunda, donde solo cabíamos nosotros.

Pronto se oyeron las primeras explosiones, pero Santi me dijo que no me preocupara porque estaban bombardeando el puerto y eso estaba bastante lejos de allí. Las bombas se fueron acercando, no obstante, y una debió de caer a poca distancia del edificio, porque todo a nuestro alrededor tembló a causa de la explosión.

—Ese que está ahí con su gata —dijo Santi señalando hacia un vecino de unos sesenta años con un pequeño bigote y aire afeminado— es don Rogelio. Vive frente a nosotros, en el segundo derecha, y es un actor retirado. La mayoría de la gente no le toma en serio porque está claro que es un poco marica, pero a mí me cae muy bien. Como su pensión no le alcanza ni para comprar comida, mi madre le invita a comer en casa casi todos los días. Esas tres personas que están junto a él —añadió consiguiendo distraer un poco mi atención de las explosiones— son doña Marcelina, la portera; su marido, don Quino, que es un alcohólico, y su hijo Paquito, que es muy amigo mío. Yo creo que de mayor va a ser jugador de fútbol, porque se entrena mucho y juega muy bien.

35

Paquito se dio cuenta de que estábamos hablando de él y nos saludó con la mano. Era un niño delgaducho y con las orejas de soplillo.

—A veces su padre le pega, cuando está borracho —prosiguió diciendo Santi aunque disimulando para que pareciera que ya no hablábamos de él—. A él le da vergüenza reconocerlo y siempre está inventándose historias para explicar sus moratones. Antes vivían en el primero izquierda, que es donde ahora viven François y su madre, Dolores, que son los que están a su lado, pero como don Quino se gastaba todo el dinero que ganaba en la bodega, tuvieron que dejar el piso e instalarse en la portería.

—¿François es el niño que está al lado de esa señora tan guapa? —pregunté yo.

—Eso es. Su mamá trabajaba como corista en una sala de fiestas de París y François dice que su padre es un ministro francés que va a venir a buscarles un día de estos. La niña que

está junto a ellos —añadió Santi refiriéndose a una niña gordita que tenía los ojos fijos en él— se llama Juana y también es muy amiga mía. Su padre es médico y su mamá es maestra. Son una gente muy divertida. A mí me caen muy bien.

El bombardeo pasó muy rápido, entretenido con aquellas explicaciones de Santi, y los vecinos regresaron a sus hogares, cediéndose educadamente el paso en las escaleras. Paquito se acercó a saludarnos y tras las presentaciones dijo:

—He visto otra vez el fantasma.

Mi padre entró en el jardín en ese momento y se fundió en un abrazo con mi abuelo, que nos acompañó a los dos hasta la puerta de la residencia. Yo me despedí de él preguntándome cuándo lo volvería a ver y podría seguir disfrutando de sus historias y de su compañía.